

# LOS TRES CHANCHITOS



**AUTOR: ANÓNIMO**  
**ILUSTRACIONES: FRAN VILLARROEL**

*H*abía una vez una mamá cerda que tenía tres hijos cerditos.

Era tan pobre que no tenía nada para darles de comer, así es que les dijo que salieran a recorrer el mundo en busca de fortuna.





El primer cerdito encontró en su camino a un hombre que guiaba un carro cargado de paja.

—¿Sería usted tan amable —le dijo el cerdito— que me diese un poco de paja para hacerme una casa?

—Con mucho gusto —respondió el hombre, y se la dio.

Entonces el cerdito apiló los fardos de cualquier modo y en un par de minutos se hizo con ellos una casa.



Vivía cerca de allí un viejo lobo.

Cuando vio al apetitoso cerdito se le hizo agua la boca y decidió comérselo para su cena.

Se acercó a la casa de paja  
y llamó a la puerta.

—¡Toc, toc, toc! ¡Cerdito,  
déjame entrar!

—¡No, y no, y no! —  
contestó el cerdito—.

Ni por todas las manzanas  
del mundo te dejaría entrar.





Y el lobo, malhumorado,  
repuso:  
—Pues entonces soplaré y  
soplaré y soplaré, y tu casita  
por los aires mandaré...  
Y sopló con tanta fuerza  
que la paja salió volando y la  
casa se vino abajo.  
El lobo se abalanzó sobre el  
primer cerdito y de un  
bocado se lo comió.



El segundo cerdito se cruzó con otro hombre, que arrastraba una carga de troncos de madera.  
—Por favor, buen hombre —dijo el cerdito—, ¿me daría unos pocos troncos para construirme una casa?

El hombre se los dio y el cerdito, trabajando rápidamente, se construyó una casa con ellos, sin mayor esfuerzo.



El lobo rondaba por ahí y lo había visto todo.  
Esperó a que llegara la noche y fue a golpear a la puerta del segundo cerdito:  
—¡Toc, toc, toc! ¡Cerdito, déjame entrar!  
El cerdito contestó:  
—¡No, y no, y no! —contestó el cerdito—. Ni por todas las manzanas del mundo te dejaría entrar.



Y el lobo, enfadado, le respondió:  
—Pues entonces soplaré y soplaré y soplaré, y tu casita por los aires mandaré...

Y con tanta fuerza sopló que los troncos salieron volando y la casa se vino al suelo.

El lobo saltó sobre el segundo cerdito y lo devoró.



El tercer cerdito, que era muy hábil, tropezó en su camino con un hombre que llevaba una carreta cargada de ladrillos. Sin pensarlo dos veces, le preguntó:

—Por favor, buen hombre, ¿me daría usted unos pocos ladrillos para construirme una casa?



El hombre se los dio de buen grado y el cerdito se construyó una casa.

Trabajó arduamente por varios días, hasta quedar satisfecho con el resultado: su casita era firme y abrigada.



Al poco tiempo apareció el viejo lobo. Vio al cerdito en su casa de ladrillos y llamó a la puerta: —¡Toc, toc, toc! ¡Cerdito, déjame entrar!

Pero el cerdito le respondió:

—¡No, y no, y no!

Ni por todas las manzanas del mundo te dejaría entrar.

Y el lobo, furioso, replicó:

—Pues entonces soplaré y soplaré y soplaré, y tu casita por los aires mandaré...

Y sopló y sopló con todas sus fuerzas, pero la casita resistió y ni siquiera un solo ladrillo se movió de su sitio.





El lobo, sin embargo, no se dio por vencido y se puso a pensar en cómo atrapar al ingenioso cerdito.

Se acercó a la ventana y le dijo:

—Oye, cerdito, el campo del granjero está lleno de repollos.

Mañana a las seis de la mañana te vendré a buscar para mostrarte el camino.

El cerdito no tenía un pelo de tonto y sabía que todo era una trampa del lobo para comérselo, así es que se levantó a las cinco y se fue solo al campo del granjero.

Cuando el lobo llegó a buscarlo, el cerdito ya estaba de vuelta y tomando su desayuno.



—¿Cerdito, estás listo?  
—Muy dormilón eres tú, señor lobo —le contestó el cerdito—.

Hace una hora ya que volví de ese campo y me traje un saco lleno de hermosos repollos para la cena.



El lobo hizo rechinar los  
dientes de rabia, pero  
disimulando y aparentando calma  
le dijo al cerdito, amigablemente:  
—Me alegro, me alegro.  
Dime, ¿te gustan las manzanas?  
En un huerto más abajo hay un  
manzano cargado de hermosas  
frutas.  
Prepárate mañana a las cinco y  
podremos ir a recoger  
manzanas.



A la mañana siguiente el  
cerdito se levantó a las cuatro  
y se fue solo al huerto.  
Quedaba bastante lejos, así es  
que todavía estaba  
recogiendo manzanas cuando  
llegó el lobo.



Apenas lo vio,  
el cerdito se  
encaramó en  
un árbol.



—Son unas manzanas muy  
sabrosas, lobo —le gritó  
desde unas ramas—.  
Toma, pruébalas.  
Arrancó una manzana y la  
tiró lo más lejos que pudo.  
Mientras el lobo iba en  
busca de la manzana, bajó  
el cerdito del árbol y escapó  
a su casa tan aprisa como  
pudo.



—Oye, cerdito, esta tarde hay feria en el pueblo vecino.

Prepárate a las tres y podremos ir juntos.

El cerdito no le contestó nada, pero a las dos en punto se fue a la feria y se compró allí un gran barril.

Con él volvía a su casa, haciéndolo rodar por el camino, cuando a lo lejos divisó al lobo.



Rápido como un relámpago, se metió dentro del barril y empezó a rodar cuesta abajo.

Al ver lo que se le venía encima, el lobo se llenó de terror.

Sin pensar más en el cerdito, dio media vuelta y, como una flecha, huyó a su casa.



Cuando hubo recobrado la calma, fue nuevamente a la casa del cerdito.

—¿Fuiste a la feria? —le preguntó el cerdito.

—Hacia allá iba cuando una cosa horrible y gigantesca pasó rodando tan cerca de mí que casi me atropella.

Y tanto me asusté que me fui corriendo a casa.



El cerdito no pudo aguantarse más y soltó una gran carcajada.

Entre risas le dijo al lobo:

—Fui yo el que te asustó.

Esa cosa horrible y gigantesca que rodaba cuesta abajo era yo mismo. Me había escondido dentro de un barril que compré en la feria.

Fue tal la furia del lobo que sin pensarlo dos veces se subió de un salto al techo de la casa y se deslizó hacia dentro por la chimenea.



Pero el cerdito tenía allí un gran fuego encendido, y sobre las llamas había colocado una enorme olla. Cuando el lobo bajaba aullando por la chimenea, el cerdito quitó la tapa de la olla. El lobo cayó dentro y en pocos segundos se coció completamente.



Y ése fue el fin del malvado y astuto animal.

*FJN*